

MEMORIA, PROFECÍA, APOCALIPSIS EN *DESIERTOS INTACTOS* DE SEVERINO SALAZAR

Angelina Muñiz-Huberman

Desiertos intactos de Severino Salazar es un libro de peculiares características en torno a memoria, profecía, apocalipsis. Relacionado con la mística en general y con el criptojudasmo en particular abarca un sinfín de posibles interpretaciones y de lecturas a fondo. Tomando como guía el pensamiento de los místicos hebreos lo que se valora es la palabra en sí con su esencia creadora. La palabra como vehículo poderoso inmersa en el ser humano. La palabra como detonadora de la invención del bien y el mal. La palabra que da vida o la palabra que la quita. A partir de la creación nominal en el Génesis palabra, lengua y existencia se unen de manera definitiva.

Así en *Desiertos intactos* es clara la vitalidad de la palabra que incluye todo rasgo perceptible y que se desdobra en su opuesto, el silencio. De ahí el título: "desierto" como fuente de concentración embrionaria, sinónimo de silencio, de pensamiento profético, de abstracción. El desierto que no es tal desierto, pero que impone, borra las huellas humanas, desnuda, adquiere carácter de sagrado. A su lado, el adjetivo "intacto" refuerza aún más los contrarios: entre lo etéreo y lo eterno, la pureza y la sensualidad.

A partir del planteamiento de la palabra y de su reflejo en el nombre, el libro se divide en cinco partes, cada una dedicada a un personaje, es decir, a un nombre: Aristeo, Gerardo, Susana, Daniel, Ángela.

Criptojudasmo

En la primera parte se presentan los personajes del libro. Gerardo, el protagonista, introduce a los demás. Sus palabras iniciales destacan la presencia de Daniel, especie de profeta que le hace honor a su nombre hebreo: "justicia de Dios". Es el personaje que representa la sabiduría intrínseca, al que se acude en situaciones extremas, poseedor de dichos y refranes aplicables a cada situación de la vida.

Y aunque muchas veces no se entendiera inmediatamente la relación que pretendía establecer entre su dicho y la vida, a los que lo escuchaban les procuraba una rara paz, de misterio aclarado, de duda vencida; porque después de algún tiempo -que podía ser largo o corto- de pronto llegaba en una revelación toda la luz. (p. 9)

Este personaje realiza trabajos menores en La Chaveña, hacienda de la familia de Gerardo y, sin embargo, come con los dueños y se espera su opinión y la solución justa a los problemas que surgen. Es Daniel quien explica que aunque el mundo ofrece infinitas posibilidades el hombre se pone límites y su vida no se eleva de la terrenalidad. En concordancia, Gerardo elegirá dedicarse a la investigación sobre un misterioso anacoreta del siglo XVI que vivió en la región desértica de Zacatecas: Gregorio López quien, hasta cierto punto, es un antecedente-antepasado espiritual de Daniel.

La historia se desarrolla en dos planos paralelos: el presente y el pasado. La tipografía señala el pasado por medio de letras cursivas. Estructuralmente, ambos tiempos se entremezclan y fusionan en un anhelo de revivir experiencias místicas.

Las formas propias de vida de los criptojudíos se desarrollan a lo largo del libro con detalles específicos y tratados a fondo no solamente de orden místico, sino de aplicaciones a la vida diaria. Como ejemplo, un tema apenas esbozado, pero importante de mencionar, es el referente a la presencia del mundo animal en la vida de los personajes y de cómo se señala la crueldad en su trato por parte de los humanos, desde la perra Gardenia, hasta las costumbres populares de explotación de los animales. En contraste, se describe el procedimiento de sacrificio de los animales que sirven de alimento según las reglas *kosher* del ritual judío. Esto es, no se debe causar dolor: primero se deja inconsciente de forma inmediata al animal y después se le sacrifica de forma, también inmediata, para evitar el sufrimiento. Dentro de lo posible este procedimiento se mantuvo en activo entre los criptojudíos, así como qué tipo de carne se evita: la de cerdo, mariscos, moluscos y la manera de preparar los alimentos separando los utensilios para carne o leche. En el plano filosófico la relación entre hombre y animal en palabras

de Giorgio Agamben implica: "La total humanización del animal que coincide con la total animalización del hombre". ¹

Otro elemento fundamental que se intercala en la novela es el mundo de las visiones proféticas, de los sueños o de reminiscencias del pasado que se vuelven presentes en algún tipo de asociación. Como si fuera un juego de la memoria atemporal.

El desarrollo capitular de la obra desglosa estos temas de la manera siguiente.

Aristeo

El nombre del capítulo se refiere a Aristeo, hermano de Gerardo, como "el mejor". Nombre de tinte irónico que invierte la historia de Caín y Abel porque aquí el mejor es el peor. A pocas páginas del principio del libro la descripción de las comidas establece un orden semejante a la dieta del *kashrut* basada en los preceptos bíblicos del Levítico. Así es como Daniel prefiere el "pan sin levadura, el pescado fresco asado y sin ningún condimento, las lentejas, los dátiles y la miel con leche... una de las comidas de las que había disfrutado Jesucristo con los esenios". (pp. 32-33) ²

A partir de esta primera clave las notas del criptojudaismo marcan el desarrollo del libro. De inmediato, las páginas en cursiva relatan el origen de Gregorio López como supuesto hijo bastardo del rey Felipe II y su amante judía. Se relata su historia marcada por la convivencia de dos culturas, la cristiana y cortesana del padre, y la judía y oculta de la madre. Durante su infancia pasa la mayor parte del tiempo en la corte palaciega y en las breves estadías con la madre advierte veladamente otra vida: la del judaísmo. Ésta le atrae a tal punto que en una ocasión escapa de la corte para refugiarse con la madre e ir a vivir con un tío ermitaño de quien aprende el culto judío y rezos hebreos. Descubierto, regresa a la corte y es protegido por Antonio Pérez, secretario del Consejo de Estado del rey, quien mantenía relaciones con el mundo de los criptojudíos.

¹ Giorgio Agamben, *The Open. Man and animal*, trad. Kevin Attell, Stanford University, Stanford, 2004, p. 77.

² Severino Salazar, *Desiertos intactos*, portada de EKO, Leega / Universidad Autónoma Metropolitana, México, 1990. Las citas provienen de esta primera edición.

Mundo del que no sabremos todas las conexiones que tenía, por la habilidad de disimular y encubrir. Pero, al mismo tiempo, gracias a una sutil red de la memoria y de la transmisión del origen sobre todo por vía femenina hoy, en el siglo XXI, los herederos todavía siguen descubriendo sus orígenes. El afán del secreto fue el afán de sobrevivir.

Un lenguaje en clave desarrollado en la época y reflejado en la literatura de los siglos XVI y XVII, como Américo Castro señaló, permitirá esa larga sobrevivencia de la cultura criptojudía. Cultura que siguió evolucionando en las nuevas tierras americanas. Precisamente en la región de Zacatecas, Nuevo León, Jalisco y lugares cercanos hubo focos de irradiación que hicieron de la memoria el resguardo de los orígenes. Lo mismo que había ocurrido en España se repitió en la doble vida dentro y fuera de la casa. La habilidad interpretativa y la lectura abierta de textos, nunca definitiva del judaísmo, fue la manera de transmitir el conocimiento. La memoria tomó un lugar primordial.

Es así como la indagación de Severino Salazar recoge estas características y las entreteje en su obra. Podríamos afirmar que utiliza el método de los indicios por medio de palabras alusivas que van delimitando el correr de las páginas. La suya es una escritura en clave que confirma la teoría de la recepción al esperar del lector una colaboración complementaria. Así como las literaturas cervantina y la picaresca plantaban sus raíces criptojudías, en *Desiertos intactos* el procedimiento escritural sigue esas mismas huellas. Por lo tanto, para el iniciado, es un deleite la participación.

Exilio

Siguiendo el curso de la obra, las pruebas secretas remiten a la idea del éxodo bíblico. La vida de Gregorio López va hilando desde la infancia la pertenencia y la no pertenencia que da como resultado la realidad del exilio: "porque ha descubierto que está dos veces exiliado y sufre del exilio dentro del exilio". (p. 58)

La doble vida se convierte en una obsesión que puede llegar a ser fuente de desequilibrio. Éste se manifiesta en una escena donde el futuro anacoreta, en su adolescencia, aparece desnudo en medio de un concierto para la corte del rey y dos signos marcan su cuerpo a la manera de un deseo de integración: la

circuncisión y una cruz de vellos sobre el pecho. A partir de ese momento, el deseo de síntesis es desarrollado por nuestro autor como un imposible tormento. A la par habrá de dar principio a los opuestos en que se debatirá el personaje: terrenalidad y espiritualidad. Para llegar al concepto de pureza la primera prueba será el error y el pecado. Una vez que se toca fondo, queda el aniquilamiento total o su opuesto: la elevación mística. Para esto, la tradición clásica pone de por medio la forma más depurada de la naturaleza: el desierto.

Por el desierto han pasado los profetas, los iluminados, los ascetas. Desde Moisés el desierto es la forma de hallar la relación del hombre con la divinidad. Es el lugar del exilio por excelencia, de la reflexión, de la esencialidad. En donde se adquiere la humildad y priman los valores incorruptibles.

Es el lugar de los espejismos, del ser y parecer. ¿Las cosas son o las cosas parecen? Los sinónimos crecen y es difícil escoger el verdadero nombre: el nombre oculto al que cada ser u objeto responde. ¿Podríamos saber cuál era el verdadero nombre de Gregorio López? Como don Quijote la enumeración no tiene fin y escoger es producto del azar. Así también las cosas se disfrazan bajo un nombre convencional: ¿se trata de molinos o de gigantes?, ¿son palacios o son mesones? Por lo que la relatividad se instaura frente a un mundo que exige concreción y exactas definiciones. El mundo de Severino Salazar es el de los personajes en busca de su más profunda identidad.

Tal vez, por eso, el desierto sea el lugar exacto para hallar la identidad. Identidad que unida al exilio conforma la relación con los antepasados y la cultura propia. Entre identidad y exilio sería la explicación de por qué las tribus indígenas con las que se relaciona el anacoreta le son favorables al compartir una situación semejante a la suya: también exiliados en el desierto y obligados a borrar sus raíces. Éste es otro de los hallazgos de Severino Salazar al ir uniendo cabos de un fuerte tejido unitario. Si recordamos a algunos de los misioneros que defendieron a los indios de las persecuciones y malos tratos de los encomenderos, nos encontramos con Bartolomé de las Casas y la defensa de los desprotegidos en su obra *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*. Bartolomé de las Casas conocía muy bien el problema por su descendencia de judeoconversos.

Así no es de extrañar que Gregorio López y los indios de la región, huicholes, chichimecas, tarahumaras se identificaran y establecieran lazos de unión entre sí, razón por la cual también fue marginado y hasta demonizado.

Regresando a la época de Gregorio López adolescente quien, en la corte, ha cometido desacatos y cae enfermo a punto de morir, en su delirio pronuncia las palabras que habrán de ser su lema: "desiertos intactos" (p. 64). Palabras que más bien parecen un enigma pero que lo llevarán adelante y establecerán los principios fundamentales de su vida.

Los símbolos del judaísmo siguen apareciendo y un candelabro de siete brazos ilumina la escena en la que el rey destierra a su hijo en un día sábado y lo condena al olvido:

Ha sido expulsado y relegado del hogar y de la patria; si se le pide que se vaya al suburbio más alejado del imperio, que se salga de sus límites si le es posible, se siente como un nuevo Adán fuera del Paraíso, ignorando la magnitud de su pecado, como un árbol arrancado y sus raíces doloridas, vivas, secándose en el aire azul de la primavera. (p. 68)

De inmediato, surge el paralelismo con otra dolorosa expulsión, la de 1492 para el pueblo judío. Y más se afianza el dolor con las palabras de la mujer amada que queda en la desolación y su judaísmo expuesto por el rezo y ritual de los muertos: "Bendito eres Tú, Señor, nuestro Dios, Rey del mundo, que eres el juez verdadero". *Baruj atá Adonai, elojeinu melej ha-olam*. Así el destierro equivale al duelo:

Entra al único cuarto en el que viven ella y su padre, cubre su espejo con un manto negro, se quita los zapatos y por siete días permanece sentada en el suelo, sin trabajar y casi sin comer. (p. 71)

De este modo termina el primer capítulo de *Desiertos intactos*, dando paso al momento presente con un sueño que ha tenido Gerardo. Un extraño sueño que le cuenta a su director espiritual. En el sueño aparece un dragón dentro de un jardín que cuida don Daniel, el personaje misterioso y simbólico. La interpretación del sueño concluye que el dragón es Dios, esclavizante y que no deja escapar a quien atrapa.

Gerardo

El capítulo siguiente se refiere a Gerardo y al descubrimiento de su falta de vocación para el sacerdocio. Durante un año, sin salir de su cuarto, va desprendiéndose de toda terrenalidad y se separa del mundo. De pronto, un día retoma la vida externa y realiza largas caminatas. Poco después se une de nuevo al mundo y decide dar clases. Entonces se reafirma su deseo de contar la historia de Gregorio López a sus alumnos: "Una historia que no lo dejaba ni a sol ni a sombra, que se había quedado a vivir dentro de él. Y crecía". (p. 93) Y la historia continúa. Se intercalan pasajes de la vida de su personaje obsesivo, reflejo de la obsesión de Severino Salazar. Así Gerardo se convierte en el *alter ego* del propio autor. En sus clases, habla de las redes de los criptojudíos y de la manera en que se ayudan. A continuación menciona cómo Gregorio López logra embarcarse hacia la Nueva España. Prosigue con su vida nómada y aún no encuentra su verdadero camino. Es entonces que al conocer la sublevación de los chichimecas en Real de Minas de Zacatecas piensa en conocerlos ya que le recuerdan su propia vida: "Quiere ser amigo de esos intolerantes guerreros, que se rebelan, sufren y se desesperan por lo que él bien conoce, bien lo ha experimentado en carne propia... Y que van como exiliados en su propia tierra". (p. 98)

Regresando al tiempo presente, Gerardo concibe la idea de levantar una casa con sus propias manos como lo hizo Gregorio López y cumplir con una vida de ermitaño. Descubre una planta, la mariguana, y la asocia con el número siete cabalístico, con la tradición huichol, y con el sentido de la vida: "Planta misterio... Siendo cada rama uno de los días de la semana y las raíces sus noches... Y se vuelve humo". (p. 112)

Susana y los paralelismos

El capítulo de Susana parte de los signos judaicos encarnados en don Daniel quien se baña los sábados, se pone ropa limpia y usa un bonete negro para las grandes ocasiones. Al intercalarse la vida de Gregorio López de nuevo se presenta el paralelismo. También el anacoreta erige una casa con sus propias manos en el desierto. El anacoreta, el peregrino, el viajero, el eremita va cambiando de nombre hasta hallar el suyo. O, más bien, todos le pertenecen porque son variantes. El desierto cobra el lugar primordial y la atracción de los

criptojudíos se manifiesta. Son más los que destierran las imágenes, no oyen misa, guardan el sábado y se acercan y comprenden la situación de los indios, como ocurre con el personaje histórico don Pedro Carrillo de Ávila, tanto unos como otros relacionados y hermanos de la misma desdicha: "Aunque nunca han hablado de lo que en su corazón comparten, se entienden sin palabras, como ya dijimos, como se entiende el color del desierto, la luz o la oscuridad". (p.137) Ese desierto que no quieren perder "y que lo defienden con su propia sangre es como su espejo, el retrato de su alma". (p. 138) Y del desierto surge otro milagro, el del río Sambatión mencionado por el cabalista Abraham Abulafia. Río de aguas o de piedras blancas que corre toda la semana y que el sábado descansa o que es de piedras toda la semana y el sábado se convierte en agua apacible. El anacoreta "viene a decirles que el riachuelo que parte en dos el desierto de ahora en adelante se llamará Sambatión". (p.140) Otra prueba más de la tradición judía nunca perdida y mantenida viva en el desierto intacto cuyos dueños son los que saben amarlo.

Una tradición viva del judaísmo respecto del sábado es la prohibición de viajar y si alguien se encuentra en medio de un camino debe quedarse ahí hasta que termine el sábado. Aquí quiero mencionar que esa tradición no sólo se da en Zacatecas, sino que la he oído en diversas partes del país (Oaxaca, Monterrey, Jalisco) y hasta en Nuevo México, Texas y Arizona, con frecuencia sin saber por qué se cumple.

La habilidad de Severino Salzar consiste en haber reunido esos trozos de fuerte tradición y saber señalarlos en el momento preciso. El ejercicio de la memoria se manifiesta en esa entremezcla de combinados misticismos y entonces la atribución a visiones demoniacas en pleno desierto confunde religiones y también la trinidad católica es invocada. Por ello el anacoreta aspira "a vaciar la mente, pulir el cerebro y dejarlo liso y virgen como el desierto" (142) y de ese modo borrar la ardua batalla con los demonios: "porque el demonio sigue llegando a la entrada de su celda de adobes en variadas formas: de soldado, de indio, de explorador, de obispo, de fiera, de reptil..." (p. 143)

Los signos de su judaísmo se vuelven cada vez más patentes según avanza su vida en el desierto y la cercanía con los huicholes y otras tribus. Los sábados es el único día en que enciende una vela y en que acepta la comida que le regalan sus vecinos del desierto: tortillas de maíz y alguna verdura, cumpliendo así con el ritual sabático a la vez que entona los rezos en lengua hebrea.

La amistad del anacoreta Gregorio López con Pedro Carrillo de Ávila es más estrecha y da lugar a habladurías. Surgen las sospechas de que practican ritos judíos o protestantes y empiezan los infundios antisemitas en torno a la fábula del crimen ritual, del modo en que Jean Meyer expone en su libro de ese título: *La fábula del crimen ritual*.³ De igual manera, el maltrato, la esclavitud, los abusos de los españoles contra los indios de la región resaltan a la par. En ambas situaciones, sólo queda el consuelo del desierto como lugar de refugio y de pureza.

El desierto no se queja, su grito sólo interroga mudo; cada palmo de su superficie es una interrogación al cielo azul iluminado, o a la noche estrellada. Sus espejismos son sus sueños, pesadillas el transitar de los hombres. Deshace rutas, cambia de lugar los paisajes. Ama lo estático a través del movimiento. (p. 160)

Hasta que llega el día en que, a la manera del Apocalipsis, siete jinetes le anuncian al anacoreta que destruirán su choza y que será expulsado del desierto. Con esto termina la digresión histórica sobre el anacoreta o ermitaño Gregorio López y la acción vuelve al tiempo contemporáneo y al personaje de Susana.

¿Quién es Susana? Un personaje que enlaza las épocas y que responde a las características del criptojudasmo. Desde niña, la hermana de Gerardo sabe que su nombre verdadero es el hebreo Shoshana, nombre que le confirma don Daniel. Es piadosa y amante de su familia. Decide ser monja y adopta el nombre de Sor Shoshana, aunque más tarde, como Gerardo, colgará los hábitos.

Susana tiene visiones sobre las hogueras de la Inquisición. Ha imaginado que don Daniel es quemado vivo por la Inquisición. Una memoria colectiva aparece:

¿Y se acuerda que yo le comencé a gritar que por qué estaba en el infierno y usted me gritaba: Shoshana, no estoy en el infierno, me están quemando vivo en una hoguera, estoy

³ Jean Meyer, *La fábula del crimen ritual. El antisemitismo europeo (1880-1914)*, Tusquets, México, 2012.

vivo? ¿Recuerda que no fue un sueño, que nos sucedió a los dos? ¿Que estábamos ardiendo los dos? (p. 173)

Y en este tejido entre sueño, realidad, memoria recuperada, don Daniel se despide de Susana diciéndole: "Fuiste convertida a la fuerza. Regresa al camino". (p. 175). El resto del capítulo retoma la historia de Gerardo y su obsesión por los rastros de criptojudasismo que descubre a su paso.

Daniel

Esta sección del libro se introduce por la continuación de la historia de Gregorio López y luego viene una larga digresión hacia otros personajes, incluyendo a don Daniel. Lo interesante reside en el diálogo y relación entre el anacoreta y la calavera de un explorador, reminiscente del famoso parlamento de Hamlet ante el cráneo del bufón Yorick. O bien, remite a las pinturas renacentistas en torno a San Jerónimo de Mantegna, Ribera, Tiziano, Bassano, Caravaggio, Bellini, Durero y tantos más que lo muestran en el desierto y con un cráneo frente a él. Es de mencionar el caso de los jerónimos en la España de finales del siglo XV. La Orden de los Jerónimos, "anacoretas que preferían la vida solitaria", en palabras de Américo Castro ⁴, ensalzaba el trabajo manual y acogía a conversos perseguidos. Poco a poco, los jerónimos empezaron a judaizar y dieron origen a una exhaustiva investigación por parte de la Inquisición y castigo de los culpables. En este aspecto, la obra de Albert A. Sicoff *Los estatutos de limpieza de sangre* es fundamental.

El cráneo que contempla San Jerónimo, el cráneo de Yorick y ahora el del explorador en larga plática con el ermitaño del desierto, Gregorio López, son cráneos que resumen y abarcan el tránsito de la vida a la muerte, el cuerpo y el alma, el desierto como búsqueda de ciudades celestiales y ciudades de oro, tal vez la Jerusalén de oro. Se enfrentan palabras santas y palabras heréticas, pero la última no se pronuncia.

La calavera se transforma en un núcleo de silencio, en el centro de un enorme vacío, en la entrada a un abismo insondable; ya estática la mandíbula, materia en camino hacia el polvo. (p. 206)

⁴ Américo Castro, *La realidad histórica de España*, Porrúa, 1954, p. 261.

La acción regresa al momento vital de don Daniel y a los quehaceres de la hacienda, donde la vida transcurre entre opuestos, digresiones, confrontaciones, hasta que ocurre la extraña y sospechosa muerte por envenenamiento con cianuro de don Daniel. Será Susana-Shoshana la que enuncie sus últimas palabras, cargadas de misterios y alusiones, con una evocación de los cuatro elementos:

He muerto por agua, crucificado, expulsado de mi tierra en lugares que no conozco, por fuego: quemado en la hoguera: en la cámara de gas y ahora envenenado. ¿Cuántas muertes me quedan antes de llegar hasta Dios? (p. 211)

Con la muerte de don Daniel su personalidad se identifica con la del anacoreta histórico y resaltan sus semejanzas. Desde el aspecto físico, la barba crecida, su ascetismo, sus palabras sabias hasta su trato con la naturaleza, donde son primordiales el respeto a la tierra y el descanso sabático, de orden bíblico, para las siembras. Entonces, empieza a funcionar la memoria y se recuerdan sus palabras, consejos, profecías. Hay un cambio radical en el desarrollo de la novela y la narración se centra en esos recuerdos de los distintos personajes, mientras que la vida de don Gregorio López pasa a segundo término. El tono se vuelve más realista y conocemos datos de don Daniel en referencia a sus orígenes. Su padre, por nombre Amós, como el profeta bíblico, siempre de negro vestido, barbado y con bonete era llamado popularmente "el judío errante". Poco antes de morir le dice a su hijo que "tenía que ser uno de los treinta y seis hombres justos que son la base y sostén del mundo, de los que son necesarios para que no sucedan estas tragedias en el mundo". (p. 249) Y, en efecto, en la tradición talmúdica estos treinta y seis hombres justos ⁵ o *tzadikim* equivalentes a los santos encarnan la generosidad y la justicia.

Había instituido la costumbre de hornear el pan de la semana y asar carne y preparar comida los viernes por la tarde, por lo que el sábado casi no se prendía fuego en la casa. Ese día no uncía caballos, ni iba a ningún lado; se bañaba, se cambiaba de ropa, se preparaba como para una cita con Dios, se sentaba en la explanada del patio, o en donde fuera, a mirar el mundo desde ahí, a entrar en armonía con él, decía, a reconciliarse. A pensar en lo maravilloso y perfecto de la creación. A pensar en la eternidad. (p. 250)

⁵ El número treinta equivale a la letra *lamed* y el seis a la letra *vav*, de ahí que los treinta y seis justos sean también llamados *lamed vav tzadikim*. Según la *guematriá* o numerología el número 36 es dos veces 18, y 18 (*hai*) significa vida. El término se basa en Génesis 18:26, Isaías 30:18, Proverbios 10:25 y más referencias en la literatura talmúdica y cabalista.

La historia de los conversos en Zacatecas toma nuevos bríos al mencionarse nombres de quienes fueron perseguidos y quemados por la Inquisición junto a luteranos, hechiceras, astrólogos, herejes. En fin, la obsesiva furia contra todo el que fuera diferente, pensara diferente, sintiera diferente.

Hacia el final de la vida de Gregorio López, que continúa siendo explicada por Gerardo ante sus alumnos y hasta escenificada, los hechos se desarrollan de manera sorpresiva e instauran la descendencia del anacoreta en la presencia de un joven que viene en busca del rastro de su padre. Ambos quedan unidos por un amor que surge de la cercana muerte del anacoreta y del calor que el joven cuerpo le proporciona al agonizante, sin saber que son padre e hijo. Mas el anacoreta le hereda sus pertenencias al joven: el mapa, el candelabro, el cráneo.

La obra teatral toca a su fin y Gerardo la redondea enlazando, de nuevo, la historia de los chichimecas con la de los conversos y ante todo con la imagen real y simbólica del desierto. El desierto como fuente de pureza y presencia todopoderosa del ayer en el hoy. El desierto, compendio de las eternas preguntas sin respuesta: del enigma del sentido de la vida sobre esta tierra.

Ángela

Pasamos a la parte final con el nombre de "Ángela", la hija de Gerardo. Aquí, la acción se centra sobre todo en los últimos sucesos de la vida de Gerardo. El motivo central gira en torno a un árbol, como el del Paraíso, cuando Gerardo le prohíbe su acceso a Ángela. Está el árbol injertado y el mezquite, de extrañas leyendas como la de un ahorcado en sus ramas, para, de nuevo, unir la tradición judía y la indígena por medio del simbolismo del árbol emblemático de Zacatecas inseparable de regiones desérticas. Más otra metaforización, la de Gerardo cuando luego de una escena paradisiaca en que desnudos él y su esposa Ángeles copulan en plena naturaleza; él sube luego a lo alto de un árbol, se resbala y cae quedando paralizado de por vida, "como un árbol petrificado". (p.301) De este modo, paisaje, desierto, árbol empiezan a ser uno solo, como el Dios de Israel.

El mezquite, abandonado, sujeto a podas sin sentido, maltratado se niega a desaparecer y, sin embargo, es el refugio de Ángela, también maltratada por el cambio sustancial de Gerardo al quedar inválido.

La hacienda de La Chaveña empieza a decaer. Los sucesos negativos se precipitan. La familia se desintegra. El cultivo de los campos y el cuidado de los animales se descuida. Los árboles son quemados, como los hombres por la Inquisición. Un final apocalíptico es previsible. La famosa historia de Gregorio López que tanto obsesionó a Gerardo es ahora negada como muestra de la ambigüedad entre realidad y ficción: "Fue una invención de los criptojudíos, pues querían distraer a los de la Inquisición y lo lograron". (p. 312)

Con estas palabras Severino Salazar cierra la historia como si se tratara de una parábola de la vida del anacoreta y la del narrador: ¿Lo que se escribe es verdad o mentira? Para concluir que no es necesario saberlo, que siempre quedará un rescoldo, una raíz: "A las hojas verdes déjales sólo un pedacito de raíz: ahí está todo lo que necesitan para crecer. Lo demás tíralo; estorba". (p. 313) Al igual que la labor del escritor entre lo que sobrevive de su obra y lo que elimina, lo que se salva y lo que se poda. La certeza y la incertidumbre, la memoria y el olvido.

Para cerrar el capítulo, el legado de Gerardo a su hija Ángela es el discurso apocalíptico en donde la profecía de un final de los tiempos resume la esencia del ser humano y sus ataduras con lo sagrado. Como si fuera un nuevo género agregado a *Desiertos intactos* retomando el empleo de la letra cursiva -que antes era exclusivo de la historia de Gregorio López- surgen imágenes de un hombre prototípico del futuro que borrarán el mal sobre la faz de la tierra. Un hombre inspirado en el *Adán Kadmón* de los cabalistas, el modelo de modelos equivalente al Árbol de la Vida, al árbol-mezquite. Un hombre concentrado e intacto en el desierto. Un hombre venido de los cielos descrito como una figura inspirada en la *Mercabá* o carroza divina del Libro de Ezequiel. Según la descripción de Severino Salazar:

Y en sus manos traerá una urna de cristal con siete caras. Y ahora en una o en la otra de las siete superficies se asomará el rostro de un hombre... Atrapado en ese recipiente de siete caras estará toda la vida, toda la historia de ese otro hombre, como un vaso pletórico de recuerdos vivos. (p. 315)

Y en el Libro de Ezequiel, capítulo 1, 10, 22:

Y la figura de sus rostros era rostro de hombre... y aparecía expansión a la manera de cristal maravilloso.

Memoria, profecía y apocalipsis giran en torno al proceso creativo necesario para que mundos sepultados afloren en su justa medida. *Desiertos intactos* redondea principio y fin como uróboro alquímico en un afán de lograr la comunión entre hombre-naturaleza-dios, mitos que se pierden y recuperan, anhelo de un camino de perfección y la esperanza de que algún día retorne la sacralidad y reine la armonía. Estas son las palabras finales que culminan el complejo simbolismo pleno de tolerancia, poesía y amor por la vida de Severino Salazar: "Dios mío, también la tragedia de un solo árbol incumbe a todo el mundo". (p. 316)